

Hacia una historia del poder pastoral: cuidado, individualización y gobierno de los sujetos en Michel Foucault.

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo.

Cita:

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo (2026). *Hacia una historia del poder pastoral: cuidado, individualización y gobierno de los sujetos en Michel Foucault*. Ensayo Académico.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.gutierrez.sanchez/62>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGRc/YSq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Hacia una historia del poder pastoral: cuidado, individualización y gobierno de los sujetos en Michel Foucault

*Lic.Esp. Osvaldo Gutiérrez Sánchez

Introducción

El análisis del poder constituye uno de los problemas centrales de la obra de Michel Foucault. Sin embargo, comprender el poder en su pensamiento exige alejarse de una concepción que lo reduzca exclusivamente al Estado, a las instituciones jurídicas o al ejercicio visible de la coerción. Foucault propone analizar las relaciones de poder a partir de las prácticas, técnicas y procedimientos mediante los cuales los individuos son conducidos, vigilados y transformados. Desde esta perspectiva, el poder no se limita a prohibir o reprimir, sino que también actúa dirigiendo conductas, produciendo formas de conocimiento e interviniendo sobre la vida de los sujetos. En este marco adquiere especial importancia el poder pastoral.

El interés por este problema tiene, además, un origen anterior a la elaboración del presente ensayo. Originalmente, esta temática había sido considerada como posible objeto de mi tesis de licenciatura en historia. Sin embargo, el desarrollo de aquella investigación terminó conduciéndome hacia otro problema: *"Hacia una historia de la gubernamentalidad. (Un análisis de De Regno de Tomás de Aquino)"*, trabajo que fue finalmente defendido en 2011. A partir de entonces, mis intereses de investigación y lectura se desplazaron gradualmente hacia la geopolítica, la sociología y la historia. Este desplazamiento temático no significó, sin embargo, el abandono de Michel Foucault. Mi interés por su obra nunca desapareció, aunque mis lecturas predilectas y los problemas que concentran actualmente mi atención sean otros. El presente ensayo constituye, en este sentido, una forma de recuperar aquella preocupación inicial desde una perspectiva diferente, retomando el problema del poder, el gobierno y la gubernamentalidad a partir del análisis foucaultiano del pastorado.

En *Omnes et singulatim: hacia una crítica de la «razón política»*, incluido en *Tecnologías del yo* y otros textos afines, Foucault distingue entre dos procesos que se desarrollaron en las sociedades europeas: por un lado, la progresiva centralización del poder político en el Estado y, por otro, el desarrollo de técnicas de poder dirigidas hacia los individuos y destinadas a gobernarlos de manera permanente. A esta segunda modalidad la denomina «pastorado». Esta distinción permite situar el problema del poder pastoral más allá de una historia exclusivamente religiosa, pues se trata de comprender cómo determinadas técnicas de conducción de los individuos pudieron adquirir posteriormente una relevancia política.

El problema que orienta este ensayo consiste, entonces, en reconstruir históricamente la formación y transformación del poder pastoral, desde sus primeras formulaciones en la relación entre pastor y rebaño hasta su desarrollo en el cristianismo y su posterior articulación con las formas modernas de gobierno. En particular, interesa comprender cómo una modalidad de poder centrada inicialmente en el cuidado, la conducción y la salvación pudo convertirse en una tecnología de individualización basada en la responsabilidad pastoral, la obediencia, el conocimiento de cada sujeto y las prácticas de examen, confesión y dirección de conciencia. A partir de esta trayectoria, el ensayo busca analizar de qué manera las técnicas pastorales de conducción individual se relacionaron con nuevas racionalidades políticas orientadas hacia el gobierno de los hombres y de las poblaciones.

La hipótesis que orienta este ensayo sostiene que el poder pastoral, inicialmente constituido como una forma de conducción y cuidado de los individuos, fue profundizado por el cristianismo mediante la obediencia, la responsabilidad pastoral y la producción de un conocimiento individual de los sujetos, convirtiéndose así en una tecnología de individualización que

posteriormente pudo articularse con las racionalidades políticas modernas. Esta articulación contribuyó a configurar formas de gobierno capaces de actuar simultáneamente sobre los individuos y sobre la población, integrando técnicas de dirección de las conductas con mecanismos de gobierno político. En este sentido, la historia del poder pastoral no debe comprenderse como una etapa exclusivamente religiosa que desaparece con la secularización, sino como parte de una genealogía más amplia de las formas de gobierno occidentales.

La lectura de *Seguridad, territorio, población* permite profundizar esta hipótesis al situar el pastorado dentro de la historia de la gubernamentalidad. En este marco, Foucault analiza la transformación de las técnicas pastorales y su articulación con el arte de gobernar, la razón de Estado y los dispositivos de seguridad. El problema deja así de ser únicamente cómo se gobierna a cada individuo para incorporar también la cuestión de cómo se gobiernan las poblaciones. De este modo, la investigación puede seguir una trayectoria histórica en la que el cuidado y la conducción individual propios del pastorado se relacionan con formas de gobierno más amplias, sin que ello implique la desaparición de las técnicas de individualización.

El recorrido propuesto permitirá analizar, en consecuencia, el poder pastoral como una tecnología histórica de gobierno cuya importancia reside en la articulación entre individualización y totalización: gobernar a todos sin dejar de gobernar a cada uno. Esta perspectiva permitirá comprender la relación entre poder, conocimiento, subjetividad y gobierno que atraviesa la reflexión foucaultiana y que alcanza una particular relevancia en el proceso de formación de la gubernamentalidad moderna.

1. El origen del poder pastoral: la metáfora del pastor y el rebaño

Para reconstruir la historia del poder pastoral, Foucault comienza examinando la antigua metáfora del pastor y el rebaño. Su análisis establece una diferencia significativa entre las sociedades orientales antiguas y la tradición política grecorromana.

En Egipto, Asiria y Judea aparece con mayor fuerza la representación del gobernante, o incluso de la divinidad, como pastor de los hombres. El faraón egipcio recibía simbólicamente el cayado de pastor durante su coronación, mientras que en Babilonia el monarca podía recibir el título de «pastor de hombres». Asimismo, determinadas representaciones religiosas presentaban a la divinidad como aquella que conduce, alimenta y protege a los seres humanos.

Esta metáfora permite introducir una primera característica fundamental del poder pastoral: el poder no se ejerce principalmente sobre un territorio, sino sobre un conjunto de individuos cuya existencia debe ser guiada y protegida. El pastor no se limita a establecer una ley general; debe estar presente para conducir a aquellos que se encuentran bajo su cuidado.

La tradición hebrea desarrolla esta concepción de una manera significativa. Foucault señala que, en ella, Dios es propiamente el pastor de su pueblo. David constituye una excepción positiva, pues recibe la tarea de reunir y conducir el rebaño, mientras que los malos reyes aparecen como malos pastores debido a que dispersan al pueblo, lo abandonan o actúan en beneficio propio.

La importancia de esta representación no reside en afirmar que las sociedades hebreas hayan funcionado históricamente de acuerdo con un modelo pastoral perfecto. Foucault advierte que se trata de temas presentes en determinados textos y que pueden resultar incluso paradójicos o contradictorios. Lo relevante es que dichos temas permiten identificar una modalidad específica de relación de poder: quien conduce debe asumir una responsabilidad directa respecto de quienes son conducidos.

2. Las características fundamentales del poder pastoral

El poder pastoral presenta características que permiten diferenciarlo de otras formas de poder político. En primer lugar, su objeto es el rebaño y no simplemente el territorio. En segundo lugar,

depende de la presencia y de la acción directa del pastor. En tercer lugar, implica una obligación de salvación o cuidado de las "ovejas". Finalmente, exige una dedicación permanente e individualizada.

El pastor tiene como tarea reunir y conducir a individuos dispersos. Su poder depende de su capacidad de estar presente, orientar y cuidar. Por ello, su relación con el rebaño no puede reducirse a la promulgación de leyes que funcionen independientemente de quien gobierna.

Esta diferencia se vuelve clara cuando Foucault compara el poder pastoral con la figura del gobernante político en la tradición griega. En el pensamiento político griego, el problema central del gobernante es asegurar la unidad de la ciudad. El político debe organizar la relación entre lo uno y la multitud. El problema pastoral, en cambio, concierne directamente a la vida de los individuos.

El pastor debe, además, procurar el bienestar de cada miembro del rebaño. Su bondad posee una dimensión constante, individualizada y finalizada. No se trata de salvar al grupo frente a un peligro colectivo, sino de atender cotidianamente las necesidades de cada individuo y conducir al rebaño hacia una meta determinada.

La abnegación constituye otra característica fundamental. Mientras que el jefe político griego podía encontrar en su sacrificio una forma de gloria, el pastor actúa por el bien del rebaño. Su actividad supone vigilancia, dedicación y conocimiento. Debe cuidar a todos sin perder de vista a ninguno y conocer tanto al conjunto como las necesidades particulares de cada miembro.

De esta manera aparece una dimensión esencial del poder pastoral: su carácter individualizante. El pastor conoce al rebaño como conjunto, pero también debe conocer a cada oveja. El poder se vuelve así una relación directa con los individuos.

3. Poder pastoral y pensamiento político griego

La comparación con Grecia permite comprender la originalidad del pastorado. Foucault no sostiene que la metáfora pastoral haya sido completamente desconocida en Grecia. Existen referencias al pastor en la literatura homérica, en textos pitagóricos y, de manera particularmente importante, en Platón. Sin embargo, el problema es determinar qué lugar ocupa esta metáfora dentro del pensamiento político.

En la literatura política de autores como Isócrates, Demóstenes y Aristóteles, la metáfora del pastor no ocupa un lugar central. Platón, en cambio, desarrolla una discusión más profunda sobre el magistrado-pastor, especialmente en *El Político*. Pero precisamente esta discusión muestra una diferencia fundamental.

Para Foucault, el político griego no puede cumplir las funciones propias del pastor. ¿Cómo podría un gobernante político alimentar, cuidar, curar y ocuparse personalmente de cada ciudadano? Platón distingue, de este modo, entre las funciones del pastor y las del político. El primero se ocupa de la vida de los individuos; el segundo debe organizar y asegurar la unidad de la ciudad.

Mientras el poder político griego se concentra en el problema de la unidad de la comunidad, el poder pastoral introduce el problema de la vida concreta de cada individuo. Esta diferencia resulta decisiva porque permite comprender por qué el pastorado tendrá posteriormente una importancia fundamental para las sociedades occidentales.

4. La transformación cristiana del poder pastoral

La transformación decisiva del poder pastoral se produce con el cristianismo. Foucault no pretende realizar una historia completa del pastorado cristiano; su objetivo es señalar algunos aspectos de su evolución como tecnología del poder.

El cristianismo profundiza la relación entre pastor y oveja mediante una dependencia individual y permanente. Esta relación se organiza alrededor de varios elementos: responsabilidad, obediencia y conocimiento individual.

En primer lugar, aparece una transformación de la responsabilidad. El pastor cristiano debe responder no solamente por el destino general del rebaño, sino también por las acciones, los actos y el comportamiento de cada una de las ovejas. Foucault destaca incluso la existencia de una circulación de pecados y méritos entre el pastor y quienes están bajo su cuidado.

En segundo lugar, la obediencia adquiere un significado nuevo. En el pensamiento griego, la obediencia podía estar vinculada con la ley o con una finalidad concreta, como aprender una competencia o conseguir una determinada transformación. En el cristianismo, por el contrario, se desarrolla una relación de sumisión personal al pastor. La obediencia se convierte en una virtud y en un estado permanente.

Esto significa que el individuo no obedece porque una norma objetiva sea racionalmente aceptable, sino porque establece una relación de dependencia con quien lo conduce. El pastorado penetra así en la conducta cotidiana del sujeto.

El tercer elemento es el conocimiento individual. El pastor debe conocer a cada oveja. No basta con saber cuál es el estado general del rebaño; es necesario conocer las condiciones particulares de cada individuo. El conocimiento se convierte, por tanto, en una condición del ejercicio del poder pastoral.

El pastorado establece así una relación estrecha entre poder y conocimiento. Gobernar supone conocer al individuo, sus necesidades, sus actos y, progresivamente, su interioridad.

5. Examen, confesión y dirección de conciencia: gobernar desde la verdad del individuo

La individualización pastoral alcanza una dimensión profunda cuando se relaciona con las prácticas mediante las cuales el individuo debe revelar la verdad acerca de sí mismo.

En el cristianismo aparecen formas específicas de descubrimiento de sí, entre ellas la exomologesis y la exagoreusis. La primera consiste en una expresión del penitente como pecador; la segunda implica una verbalización continua de los pensamientos dentro de una relación de obediencia. En ambas existe una relación entre revelación de la verdad sobre uno mismo y renuncia al propio yo.

Este aspecto permite comprender que el poder pastoral no funciona únicamente desde afuera del individuo. No necesita limitarse a imponer una conducta mediante la fuerza. Produce relaciones en las que el propio individuo participa en la manifestación de una verdad sobre sí mismo.

La confesión, el examen y la dirección de conciencia hacen posible que el sujeto se convierta en objeto de conocimiento para quien lo dirige, pero también en sujeto que debe producir una verdad sobre sí mismo. El poder pastoral es una tecnología que articula conducción, conocimiento, obediencia y producción de verdad.

Esta característica resulta importante para comprender la posterior evolución de las tecnologías de gobierno. La relación pastoral no se limita a decirle al individuo qué debe hacer; busca conocer quién es, qué desea, qué piensa, qué ha hecho y cuál es su estado espiritual. El gobierno se introduce así en dimensiones cada vez más profundas de la subjetividad.

6. El poder pastoral como poder individualizante

La principal particularidad del pastorado puede sintetizarse mediante la expresión «todos y cada uno». Su lógica consiste en atender simultáneamente al conjunto y a cada individuo. No se trata simplemente de gobernar una masa indiferenciada, sino de individualizar a los sujetos dentro de la totalidad.

Este carácter individualizante constituye uno de los elementos más importantes de la investigación de Foucault. Él mismo explica que su interés se desplaza hacia el problema de la individualidad y del «poder individualizante», entendido como un conjunto de técnicas orientadas hacia los individuos y destinadas a gobernarlos de manera continua y permanente.

El pastorado puede representarse, entonces, mediante cuatro operaciones articuladas:

Conducción → Cuidado → Conocimiento → Obediencia

La conducción orienta la conducta; el cuidado legitima la intervención; el conocimiento permite individualizar; y la obediencia asegura la continuidad de la relación pastoral.

Por esta razón, el poder pastoral no debe ser entendido únicamente como una forma religiosa de autoridad. Su importancia histórica reside en haber desarrollado una tecnología específica de gobierno de los individuos. El cristianismo convirtió la relación pastoral en una estructura compleja de relaciones morales y de prácticas de conocimiento.

La tecnología pastoral supone, de este modo, una transformación profunda en la manera de gobernar. Ya no basta con establecer leyes generales. El gobierno comienza a interesarse por las condiciones particulares de los individuos, por su comportamiento y por su vida.

7. Del pastorado al Estado: la articulación de dos formas de poder

La importancia política del pastorado aparece con claridad cuando Foucault lo relaciona con la formación del Estado moderno. El autor distingue entre el poder político centralizado y las técnicas individualizantes de gobierno, pero advierte que ambos procesos no deben entenderse necesariamente como opuestos.

El Estado representa una forma política de poder centralizado y centralizador. El pastorado, en cambio, constituye una forma de poder individualizante. Foucault propone precisamente investigar cómo estas dos modalidades pudieron asociarse históricamente.

Esta asociación permite comprender una característica aparentemente paradójica del Estado moderno: puede ser simultáneamente individualizante y totalizador. Foucault afirma que la racionalidad política occidental se desarrolló primero enraizada en la idea de un poder pastoral y posteriormente en la razón de Estado.

Por ello, la oposición entre individuo y Estado resulta insuficiente para comprender el funcionamiento moderno del poder. El Estado no actúa solamente mediante leyes generales o instituciones centralizadas; también desarrolla mecanismos destinados a conocer, clasificar, asistir, controlar y conducir a los individuos.

En este sentido, el llamado Estado providencia puede ser interpretado como una reaparición o reajuste de la relación entre poder político y poder pastoral. Foucault sostiene que el problema del Estado providencia expresa precisamente la articulación entre un poder político ejercido sobre sujetos civiles y un poder pastoral dirigido hacia individuos vivos con el propósito de cuidarlos, ayudarlos y mejorar su vida.

La relevancia de esta afirmación consiste en que desplaza la mirada desde una concepción puramente jurídica del Estado hacia sus mecanismos de gobierno de la vida. El Estado moderno no solamente administra un territorio y establece normas; también desarrolla formas de intervención orientadas hacia individuos concretos.

La relación entre poder pastoral y formas de gobierno puede expresarse, por tanto, mediante una doble trayectoria: individualización y totalización. El pastorado individualiza al sujeto mediante la dirección, la obediencia y la producción de verdad sobre sí mismo; la gubernamentalidad incorpora esas técnicas a una racionalidad que también toma como objeto la población. En lugar de oponer individuo y Estado, Foucault permite observar cómo las técnicas destinadas a gobernar a cada uno pueden coexistir con mecanismos destinados a gobernar a todos. Esta articulación constituye una de las claves para comprender la genealogía foucaultiana del Estado moderno.

Por esta razón, Seguridad, territorio, población permite profundizar la tesis central de este ensayo: el poder pastoral no constituye únicamente una etapa religiosa de la historia del poder. Su importancia histórica reside en haber contribuido a formar un modo específico de gobernar que toma a los individuos como objeto de conocimiento, cuidado, conducción y transformación. La modernidad política no elimina esa lógica, sino que la articula con mecanismos de centralización estatal, saberes sobre la población y dispositivos de seguridad. El gobierno moderno puede entonces dirigirse simultáneamente a la población como conjunto y a los individuos en particular. Este desarrollo histórico puede sintetizarse como una secuencia de transformaciones, aunque no como una sucesión en la que una forma desaparezca completamente al surgir otra: poder pastoral → arte de gobernar → razón de Estado → policía → gubernamentalidad.

El pastorado aporta técnicas de conducción individual; el arte de gobernar amplía el problema de la dirección de los hombres; la razón de Estado convierte el gobierno en un problema específico de racionalidad política; la policía desarrolla intervenciones destinadas al bienestar y al orden de la población; y los dispositivos de seguridad permiten gobernar los procesos colectivos mediante el cálculo de lo probable y la gestión de los riesgos. El resultado es una racionalidad política en la que el gobierno se ocupa cada vez más de la población y de las condiciones de vida.

La noción de «gubernamentalidad» permite formular con mayor precisión esta transformación. Foucault la utiliza para referirse a una forma compleja de poder que tiene como blanco principal a la población, que encuentra en la economía política una forma mayor de saber y que utiliza los dispositivos de seguridad como instrumento técnico. El problema del gobierno se desplaza así desde la relación jurídica entre soberano y súbditos hacia un conjunto de procedimientos, saberes, cálculos y tácticas destinados a conducir procesos colectivos y conductas individuales (Foucault, 2006, pp. 135-138).

A partir de este punto, la relación entre pastorado y política moderna adquiere una importancia central. Foucault no presenta una sustitución simple del poder pastoral por el poder político, sino una articulación histórica entre distintas modalidades de gobierno. El pastorado constituye uno de los antecedentes de una racionalidad que, posteriormente, encontrará nuevas formas en el arte de gobernar, en la razón de Estado y en las técnicas de policía. En esta perspectiva, la gubernamentalización del Estado occidental no significa que el poder pastoral desaparezca, sino que ciertas técnicas de conducción de los individuos son reorganizadas dentro de nuevas racionalidades políticas.

Sin embargo, esta historia no debe ser entendida como una continuidad lineal y sin conflictos. Foucault señala transformaciones y crisis del pastorado hasta el siglo XVIII. La propia existencia de resistencias y «contraconductas» muestra que gobernar las conductas supone también la posibilidad de rechazarlas, modificarlas o intentar ser conducido de otra manera. El problema del gobierno, por tanto, no consiste solamente en la obediencia de los sujetos, sino también en las luchas que se producen alrededor de las formas de conducción. El análisis del pastorado incorpora así una dimensión histórica de conflicto entre conductas de gobierno y prácticas de resistencia.

La historia occidental de esta forma de poder se encuentra estrechamente ligada al cristianismo. En Seguridad, territorio, población, Foucault sostiene que la historia del pastorado como modelo de gobierno de los hombres es indisociable de la experiencia cristiana y de su institucionalización por la Iglesia. Entre los siglos III y VI, el pastorado cristiano desarrolla una relación específica con la salvación, la ley y la verdad. La salvación supone una economía de méritos y deméritos y una responsabilidad analítica respecto de cada individuo; la ley se transforma en una relación de dependencia integral y en una obediencia permanente; y la verdad exige procedimientos mediante los cuales el individuo debe manifestar aquello que permanece oculto en sí mismo. De esta manera, la dirección de conciencia y la producción de verdad sobre el sujeto profundizan la individualización pastoral (Foucault, 2006, pp. 196-218).

Este desplazamiento permite comprender mejor la relación entre el poder pastoral y las formas políticas posteriores. Foucault distingue el poder pastoral de una concepción estrictamente territorial de la soberanía. El pastor gobierna una multiplicidad en movimiento: reúne, conduce, protege y atiende a individuos concretos. Su objetivo es benéfico, pues se orienta a la salvación de la grey, pero al mismo tiempo individualiza. La fórmula «todos y cada uno» expresa precisamente esta doble dimensión: el pastor debe ocuparse del conjunto sin dejar de responder por cada miembro. El pastorado constituye así una forma de poder que es simultáneamente totalizante e individualizante.

La lectura de *Seguridad, territorio, población* permite profundizar y ampliar la historia del poder pastoral presentada hasta aquí. En este curso, Foucault desplaza el problema desde el análisis de las instituciones hacia una historia de las prácticas de gobierno y formula explícitamente el proyecto de una «historia de la gubernamentalidad». El punto decisivo es que gobernar no debe entenderse únicamente como ejercer la soberanía sobre un territorio, sino como conducir a los hombres y organizar sus conductas. De este modo, el pastorado aparece como uno de los antecedentes históricos fundamentales del gobierno de los hombres en Occidente (Foucault, 2006, pp. 139-159).

8. Del pastorado a la gubernamentalidad: transformaciones históricas y formas de gobierno

El análisis del pastorado permite comprender también una concepción más amplia del poder en Foucault. El poder no es presentado como una sustancia que alguien posee de manera absoluta, sino como un tipo de relación entre individuos. Su rasgo distintivo consiste en la capacidad de determinar, en cierta medida, la conducta de otros.

Desde esta perspectiva, gobernar significa conducir conductas. El poder pastoral constituye un ejemplo privilegiado de esta forma de poder porque su objetivo no es simplemente imponer una prohibición, sino orientar la conducta de aquellos que están bajo su autoridad.

Esto permite comprender por qué Foucault se interesa por las tecnologías de poder y no únicamente por las instituciones. El problema no consiste solamente en preguntar quién posee el poder, sino cómo se ejerce, mediante qué procedimientos, sobre quiénes y con qué efectos.

El pastorado ofrece un modelo especialmente claro: el pastor debe conocer al individuo, conducirlo, vigilarlo, cuidarlo y obtener de él determinadas formas de obediencia y manifestación de la verdad. El poder se ejerce, por tanto, mediante una combinación de prácticas que producen sujetos gobernables.

Desde esta perspectiva, la historia del poder pastoral no constituye simplemente un capítulo de la historia religiosa. Es también una historia de las formas de gobierno de los individuos.

9. Del poder pastoral a la racionalidad liberal: gobierno, mercado y sujeto económico

La incorporación de *Nacimiento de la biopolítica* permite profundizar la relación entre el poder pastoral y las transformaciones históricas de las formas de gobierno. Si *Seguridad, territorio, población* permite reconstruir el pasaje desde el pastorado hacia la gubernamentalidad, el curso de 1978-1979 permite analizar una transformación posterior: la emergencia del liberalismo como una nueva racionalidad de gobierno. En este punto, la cuestión ya no consiste solamente en determinar cómo se conduce a los individuos o cómo se administra una población, sino en establecer bajo qué principios debe gobernarse y cuáles son los límites que el propio gobierno debe reconocer.

Este desplazamiento resulta fundamental para comprender la transformación de la racionalidad política occidental. En el pastorado cristiano, el gobierno del individuo se encontraba vinculado con el cuidado, la salvación, la obediencia y la producción de una verdad sobre el sujeto. El pastor debía conocer a cada individuo y conducir su conducta de manera permanente. Como se ha

señalado a lo largo de este ensayo, esta tecnología produjo una modalidad de poder simultáneamente individualizante y totalizante: gobernar a todos sin dejar de gobernar a cada uno. Con la formación de nuevas racionalidades políticas, esta lógica no desaparece, pero se transforma y se articula con otros mecanismos de gobierno.

En *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault desplaza el análisis hacia la cuestión de la racionalidad gubernamental. El problema central deja de ser exclusivamente quién gobierna y pasa a ser cómo debe gobernarse, qué puede hacer legítimamente el gobierno y cuáles son los límites de su intervención. El liberalismo aparece así no simplemente como una doctrina política que defiende determinadas libertades, sino como una práctica y una racionalidad de gobierno que introduce un principio de autolimitación. El gobierno comienza a preguntarse no solamente qué debe hacer, sino también qué no debe hacer y hasta dónde puede intervenir.

Este cambio modifica profundamente la relación entre poder y verdad. Mientras que en el pastorado la verdad se encontraba estrechamente vinculada con la manifestación de la verdad del individuo —sus pensamientos, sus actos, sus deseos y su conciencia—, en la racionalidad liberal emerge otro régimen de veridicción. El gobierno debe tomar en consideración aquello que ocurre en el mercado, en los procesos económicos y en la sociedad. El mercado comienza a funcionar como una instancia capaz de decir la verdad acerca de la práctica gubernamental. Foucault sostiene que, con el liberalismo, la economía política introduce una forma de conocimiento que permite establecer los límites de la acción gubernamental (Foucault, 2007, pp. 39-40).

Esta transformación resulta decisiva porque modifica el modo en que se concibe el ejercicio del poder. La cuestión ya no consiste simplemente en imponer una regulación desde arriba, sino en gobernar teniendo en cuenta procesos que el gobierno no controla completamente. La racionalidad liberal introduce de esta manera una forma de gobierno que busca limitarse a sí misma a partir del conocimiento de los procesos económicos. El gobierno se enfrenta, entonces, a una realidad que debe conocer y respetar para gobernar adecuadamente.

La economía política adquiere así una función que excede ampliamente la producción de conocimiento económico. Se convierte en un saber capaz de establecer criterios de aceptabilidad y de límite para la acción gubernamental. El mercado deja de ser únicamente un espacio regulado por el Estado y comienza a convertirse en un principio mediante el cual puede evaluarse la racionalidad de la intervención estatal. En este sentido, el liberalismo modifica la razón de Estado sin eliminar la cuestión del gobierno. Por el contrario, introduce una nueva manera de gobernar: gobernar menos no significa dejar de gobernar, sino gobernar de acuerdo con una racionalidad diferente.

Esta transformación permite establecer una conexión particularmente fecunda con la historia del poder pastoral desarrollada en este ensayo. En el pastorado, el poder se legitimaba mediante el cuidado y la responsabilidad por la vida de los individuos. El pastor intervenía porque debía cuidar, salvar y conducir. En la racionalidad liberal, la intervención gubernamental puede justificarse también por la necesidad de garantizar determinadas condiciones dentro de las cuales los sujetos puedan actuar. La forma del poder cambia, pero permanece una preocupación por las conductas, las condiciones de vida y las posibilidades de acción de los individuos.

En consecuencia, la secularización no debe interpretarse simplemente como desaparición de la lógica pastoral. Lo que se produce es una transformación de sus mecanismos dentro de nuevas racionalidades. El pastor ya no aparece necesariamente como una autoridad religiosa que conoce y dirige directamente la conciencia del individuo. Sin embargo, la preocupación por conducir conductas, producir determinados sujetos y organizar las condiciones en las cuales estos actúan continúa formando parte de las tecnologías modernas de gobierno. El desplazamiento fundamental consiste en que estas técnicas comienzan a funcionar dentro de espacios institucionales, económicos y políticos diferentes.

Esta transformación también modifica la concepción del sujeto. El individuo moderno no es únicamente el sujeto jurídico de derechos y obligaciones. En la racionalidad económica analizada

por Foucault aparece progresivamente como un sujeto cuyos comportamientos pueden ser comprendidos en términos de intereses, decisiones, riesgos y elecciones. El *homo oeconomicus* constituye una figura central de esta transformación. Foucault lo presenta como un sujeto que puede ser objeto de determinadas técnicas de gobierno precisamente porque actúa de acuerdo con intereses y responde a modificaciones de su medio. En la edición de 2007, este análisis aparece desarrollado especialmente en las clases dedicadas al neoliberalismo y al *homo oeconomicus* (Foucault, 2007, pp. 264-265, 308-310).

Aquí aparece una diferencia importante respecto del sujeto pastoral. El sujeto pastoral debe manifestar su verdad ante quien lo dirige; el sujeto económico, en cambio, aparece como un sujeto cuya conducta puede ser gobernada mediante la organización de las condiciones dentro de las cuales realiza sus elecciones. El gobierno ya no necesita necesariamente ordenar cada conducta de manera directa. Puede actuar sobre el medio, las reglas, los incentivos y las condiciones en las cuales los individuos toman decisiones.

Este punto permite profundizar la tesis de la individualización desarrollada anteriormente. El pastorado había producido una tecnología destinada a conocer y conducir al individuo. La racionalidad liberal y, posteriormente, la neoliberal, desarrollan formas diferentes de gobierno de ese individuo: ya no se trata principalmente de obtener una confesión de su interioridad, sino de intervenir sobre las condiciones que estructuran sus posibilidades de elección y acción. El individuo aparece como libre, pero esa libertad constituye también un elemento sobre el cual se ejerce el gobierno.

De este modo, la historia del poder pastoral puede ser comprendida como parte de una transformación más amplia de las racionalidades políticas occidentales. El pastorado introdujo una forma de gobierno centrada en la conducción individual; la razón de Estado convirtió el gobierno en un problema específico de racionalidad política; la policía amplió la intervención sobre las condiciones de vida de la población; y el liberalismo introdujo un principio de autolimitación gubernamental vinculado con la economía política. No se trata de etapas cerradas, sino de racionalidades que se superponen, se modifican y reorganizan técnicas anteriores.

La noción de gubernamentalidad adquiere aquí todo su alcance. Gobernar significa conducir conductas, pero las formas mediante las cuales se realiza esa conducción históricamente se transforman. En el pastorado, la conducción se apoyaba en la relación personal entre pastor y sujeto; en las formas modernas de gobierno, la conducción puede realizarse mediante instituciones, saberes, normas, dispositivos de seguridad, mecanismos económicos y formas de producción de subjetividad. El gobierno se vuelve así cada vez más indirecto, pero no necesariamente menos profundo.

Esta perspectiva permite reformular la relación entre poder pastoral y Estado moderno. El Estado no reemplaza simplemente al pastorado. Tampoco la secularización elimina la lógica de conducción individual. Lo que ocurre es una reorganización de las técnicas de gobierno. El Estado moderno puede gobernar poblaciones mediante dispositivos generales y, simultáneamente, producir formas de individualización mediante instituciones y saberes especializados. Esta doble operación prolonga la lógica que el ensayo ha identificado en la fórmula «todos y cada uno».

La biopolítica constituye, en este proceso, un nuevo umbral. Cuando la población se convierte en objeto de conocimiento e intervención, la vida deja de ser únicamente una cuestión individual y pasa a formar parte de una racionalidad política que trabaja con fenómenos colectivos: salud, natalidad, mortalidad, riesgos, condiciones económicas y otros procesos que pueden ser conocidos, calculados y administrados. El gobierno comienza entonces a operar sobre la vida de la población no solamente mediante prohibiciones jurídicas, sino mediante saberes y dispositivos destinados a regular procesos.

La importancia de *Nacimiento de la biopolítica* consiste precisamente en mostrar que esta transformación no puede comprenderse si se estudia la biopolítica de manera aislada. Para Foucault, es necesario reconstruir la racionalidad gubernamental dentro de la cual la población se

convierte en objeto de intervención. Por eso el análisis del liberalismo resulta fundamental: permite comprender cómo el gobierno moderno comienza a relacionarse con la libertad, el mercado, la economía política y los procesos espontáneos de la sociedad.

Desde esta perspectiva, puede establecerse una continuidad problemática —y no una identidad— entre el pastorado y las racionalidades modernas de gobierno. El pastorado había desarrollado técnicas para conocer al individuo, orientar su conducta y conducirlo hacia determinados fines. Las racionalidades modernas reorganizan esas técnicas dentro de dispositivos políticos, administrativos y económicos más complejos. La conducción ya no depende necesariamente de una relación personal entre quien gobierna y quien es gobernado, pero continúa siendo central la producción de sujetos capaces de conducirse de determinadas maneras.

La transformación histórica puede sintetizarse, de la siguiente manera:

Pastorado → individualización → razón de Estado → policía → gubernamentalidad → liberalismo → biopolítica → neoliberalismo.

Esta secuencia no representa una evolución lineal ni una sustitución absoluta. Cada nueva racionalidad reorganiza elementos de las anteriores. El pastorado aporta una tecnología de conducción individual; la razón de Estado introduce una racionalidad específica del gobierno; la policía amplía la intervención sobre la vida social; la gubernamentalidad articula saberes, instituciones y técnicas de conducción; el liberalismo introduce la autolimitación del gobierno y la economía política como forma de saber; y el neoliberalismo extiende la racionalidad económica hacia la producción de sujetos capaces de conducirse bajo determinadas reglas de competencia.

La historia del poder pastoral puede ser entendida, entonces, como una historia de transformaciones en la manera de gobernar. Su importancia no reside únicamente en el hecho de que una antigua tecnología religiosa haya influido sobre las instituciones políticas posteriores, sino en que el pastorado permite identificar una de las condiciones históricas de posibilidad de una forma de poder que convierte la conducta individual en un objeto permanente de intervención. Las racionalidades posteriores modifican los medios, los saberes y los objetivos de esa conducción, pero no eliminan la preocupación por producir individuos gobernables.

Desde esta perspectiva, la historia del poder pastoral conduce directamente hacia una pregunta más amplia sobre la modernidad política: ¿cómo fue posible que gobernar significara progresivamente no solamente ejercer soberanía sobre un territorio, sino también conducir conductas, administrar poblaciones, organizar condiciones de vida y producir determinadas formas de subjetividad?. La respuesta foucaultiana obliga a abandonar una historia del poder centrada exclusivamente en el Estado y sus instituciones jurídicas. Es necesario reconstruir las tecnologías mediante las cuales los individuos y las poblaciones se convierten en objetos de conocimiento, intervención y gobierno.

El pastorado constituye, en este sentido, uno de los puntos de partida de una genealogía que conduce hacia las formas modernas de gubernamentalidad. Su transformación no implica desaparición, sino desplazamiento y reorganización. La autoridad pastoral basada en el cuidado, la obediencia y la producción de verdad sobre el individuo encuentra posteriormente nuevas formas en las racionalidades políticas que gobiernan mediante instituciones, saberes económicos, dispositivos de seguridad y mecanismos de regulación.

La expresión «todos y cada uno» adquiere así un significado todavía más amplio. En el pastorado expresa la obligación de cuidar al conjunto sin abandonar a ningún individuo. En la gubernamentalidad moderna expresa la posibilidad de gobernar simultáneamente poblaciones e individuos. Y en las racionalidades liberales y neoliberales esta relación se complejiza todavía más: los individuos son gobernados no solamente mediante órdenes directas, sino mediante la organización de los espacios económicos y sociales en los cuales deben actuar como sujetos libres, responsables y capaces de elegir.

La historia del poder pastoral se transforma, de este modo, en una historia de la transformación de la racionalidad política occidental. Desde la conducción espiritual del individuo hasta la administración de poblaciones y la regulación de las condiciones económicas de la acción, lo que se modifica no es la existencia del gobierno, sino su forma de racionalizarse, sus objetos, sus saberes y sus técnicas. En esta perspectiva, comprender el pastorado significa comprender uno de los procesos históricos mediante los cuales el gobierno llegó a convertirse en una práctica permanente de conducción de los hombres.

Conclusión

El recorrido realizado permite comprender el poder pastoral no como una forma de autoridad exclusivamente religiosa, sino como una tecnología histórica de conducción de los individuos que contribuyó a transformar profundamente las formas occidentales de gobierno. Su especificidad reside en haber articulado cuidado, responsabilidad, conocimiento, obediencia y producción de verdad sobre el sujeto. El pastor no gobierna solamente a un conjunto; debe conocer y conducir a cada uno de sus miembros. La fórmula «todos y cada uno» resume esta doble dimensión individualizante y totalizante.

El cristianismo profundizó esta tecnología mediante la obediencia permanente, la responsabilidad individual y las prácticas de examen, confesión y dirección de conciencia. De este modo, el gobierno penetró progresivamente en dimensiones interiores de la subjetividad y produjo una relación particular entre poder, conocimiento y verdad. El individuo se convirtió en alguien que debía ser conocido, examinado, conducido y transformado.

La importancia política de este proceso se vuelve visible cuando el pastorado se articula con las transformaciones históricas de las formas de gobierno. Como mostró el análisis de *Seguridad, territorio, población*, la emergencia de la razón de Estado, la policía y la gubernamentalidad no supone la desaparición de las técnicas pastorales. Estas son reorganizadas dentro de nuevas racionalidades políticas que permiten gobernar simultáneamente individuos y poblaciones.

La incorporación de *Nacimiento de la biopolítica* permite ampliar esta genealogía. La transformación fundamental consiste en que el problema del gobierno comienza a formularse también como un problema de racionalidad: qué debe hacer el gobierno, qué límites debe imponerse y qué saberes permiten determinar una intervención adecuada. El liberalismo introduce en este proceso un principio de autolimitación gubernamental y otorga a la economía política una función decisiva en la definición de los límites de la acción estatal. El mercado comienza a funcionar como instancia de veridicción de la práctica gubernamental.

Este desplazamiento modifica también la relación entre gobierno y sujeto. El individuo ya no aparece únicamente como sujeto pastoral que debe revelar la verdad sobre sí mismo, ni solamente como sujeto jurídico sometido a la soberanía estatal. En la racionalidad económica analizada por Foucault aparece también como *homo oeconomicus*, un sujeto cuyas conductas, intereses, elecciones y capacidades pueden constituir objetos de gobierno. En el neoliberalismo, esta figura alcanza una particular importancia, pues el individuo puede ser concebido como empresario de sí mismo y como portador de un capital humano que debe gestionar.

Por esta razón, la historia del pastorado no debe concluir con la secularización. Su verdadero interés genealógico reside en mostrar cómo una tecnología originalmente vinculada con la salvación y la conducción espiritual pudo contribuir a una historia mucho más amplia de las prácticas de gobierno. Las formas de poder se transforman: el cuidado pastoral se reorganiza como intervención administrativa y social; la dirección de conciencia encuentra nuevas formas de individualización; la preocupación por la salvación es desplazada por preocupaciones relativas al bienestar, la seguridad y la gestión de la vida; y la conducción directa de las conductas puede ser sustituida por mecanismos que organizan las condiciones dentro de las cuales los sujetos actúan.

Por ello, la genealogía propuesta no debe interpretarse como una cadena evolutiva en la que una forma de poder desaparece para dar lugar a otra. Se trata de una historia de superposiciones, desplazamientos y reorganizaciones. El pastorado, la razón de Estado, la policía, la gubernamentalidad, el liberalismo y el neoliberalismo corresponden a racionalidades diferentes, pero pueden articularse históricamente mediante técnicas de gobierno que se transforman y reaparecen bajo nuevas condiciones.

La cuestión central que surge de este recorrido es, entonces, la transformación de la propia racionalidad política. Gobernar deja progresivamente de significar solamente ejercer soberanía sobre un territorio y pasa a significar también conducir conductas, conocer individuos, administrar poblaciones, calcular riesgos, regular condiciones económicas y organizar los espacios dentro de los cuales los sujetos ejercen su libertad.

En este sentido, el poder pastoral constituye un punto de partida privilegiado para comprender la modernidad política. Su legado no consiste simplemente en una institución religiosa sobreviviente, sino en una forma de problematizar el gobierno: conocer para conducir, cuidar para intervenir, individualizar para gobernar y producir verdad para hacer posible una determinada relación del sujeto consigo mismo.

La historia del poder pastoral conduce así hacia una historia de la gubernamentalización. El problema ya no es solamente quién posee el poder, sino mediante qué racionalidades, saberes y tecnologías se gobierna a los hombres. Desde esta perspectiva, el vínculo entre pastorado, gubernamentalidad y biopolítica permite comprender una transformación decisiva de Occidente: la vida individual y colectiva se convierten progresivamente en objetos de conocimiento y de intervención política.

La expresión «todos y cada uno» resume finalmente esta genealogía. El pastor debía cuidar a todos sin dejar de conocer a cada uno; el Estado moderno gobierna poblaciones sin abandonar los mecanismos de individualización; y las racionalidades liberales y neoliberales organizan las condiciones dentro de las cuales los individuos son llamados a conducirse a sí mismos. La historia del poder pastoral se convierte, de este modo, en una historia de las transformaciones de la racionalidad política y de las distintas maneras mediante las cuales Occidente aprendió a gobernar a los hombres.

Referencias bibliográficas

Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Buenos Aires: Paidós.

Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Curso en el Collège de France (1977-1978). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*: Curso en el Collège de France (1978-1979). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.